

Bellissimo e Inaspettato

Elvira Wilde

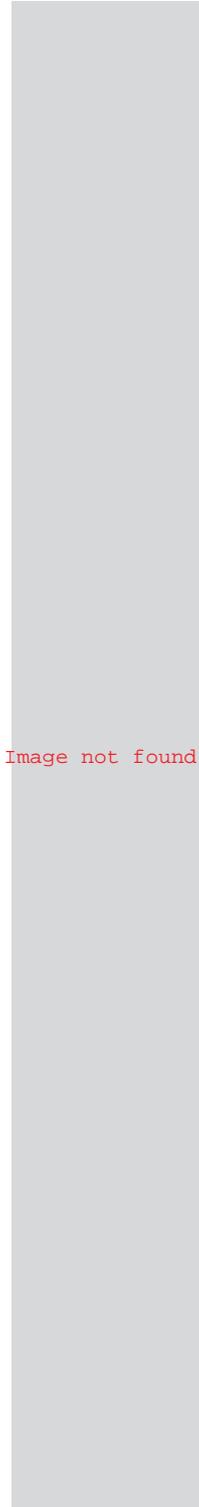


Image not found.

Capítulo 1

Malditos tacones. Sí. Malditos tacones- pensaba rabiosa Abigail mientras iba apurada a su primer día de trabajo- No. Ella no era una chica de tacos altos. Ella más bien era una dulce señorita de jeans, blusas sueltas y tenis bien cómodos. Sí, el adjetivo "dulce" con comillas sarcásticas. Pero el gran derecho de imposición de su nueva actividad dictaba "look ejecutivo". De hecho, y según lo que había aprendido días antes, toda asistente de dirección debe lucir lo más oficinista posible.

- Maldición, esto no está nada bien- levantó la voz al notar que a su delicada camisa blanca la había manchado un chiquillo quisquilloso que viajaba muy cerca de ella en el repleto autobús- Puedes, por favor, atender las travesuras de tu pequeño diablito- reclamó muy furiosa a la madre del niño... En su imaginación.

Si se pudiese definir el don más grande de Abigail, sería su gigantesca habilidad para imaginar lo que nunca se atrevería a hacer. Desafiar al momento, con todo y armadura, pero tan solo en su mente.

¿Por qué no se atrevía a enfrentar la realidad? Quizás porque no poseía gran confianza en sí misma, quizás porque no se veía con los mismos ojos con los que los demás la admiraban. Era una chica digna de una beca al extranjero, digna de un concurso de belleza; pero ella no lo sabía, o tal vez no lo admitía. Quién sabe.

- ¿No aceptarás que me quieres? ¿No lo harás nunca?- imploraba su gran primer amor mientras la lluvia los cubría en aquella primavera inolvidable.

- Sí- exclamó con todas sus fuerzas- te he amado desde siempre. - en una partícula de segundo imaginó una asombrosa escena salida del séptimo arte, en donde el caballero misterioso se abalanza contra el débil y grácil cuerpo de la chica más bella y tímida de la ciudad; la toma de la cintura y la besa con toda la pasión guardada.

Pero la realidad hablaba en otro idioma:

- Y si acepto, ¿qué sigue después? ¿la inquietante costumbre que te apartará de mi lado porque no soy lo que tú habías esperado? ¿debo aceptar algo que me lastimará aún más que esto?

Él la miraba estupefacto. No entendía lo que acababa de escuchar. Por qué si ella lo amaba, por qué si él por fin había despertado a sus sentimientos, ¿no podía tan solo aceptar humildemente su amor?

El gran problema que Abigail acarreaba era el pesado sentimiento que la hacía pensar que nunca sería suficiente para alguien. Le desesperaba imaginar cómo su persona amada se alejaba debido a ello. No sabía ni entendía de dónde provenía aquel temor, solo comprendía que era el inmenso abismo que la separaba del chico al que día a día observaba.

- No creo lo que estoy escuchando- dijo él, vencido.

- No lo creas hoy. Mañana vuelve a pensarlo- replicó ella, fría como una mañana de invierno. Y se marchó. Dejando en el aire palabras sueltas que nunca se convertirían en una realidad deseada por ambos.

Ese recuerdo la atormentaba. ¿Debía, acaso, aceptarlo en aquel momento? Si aquello hubiera pasado ¿estarían juntos aún?

- No. No lo creo.- dijo en voz alta.

- ¿Entonces no es usted la señorita Abigail Miller?- preguntó confundido el portero del nuevo trabajo.

Abigail reaccionó.

- Oh, no. Disculpe. Pensaba en otra cosa. Sí, soy la Srta. Miller.- confirmó avergonzada luego de haber posado su vista en el hombre.

Bien. Firme aquí, por favor.- respondió aquel hombre ya con cara de pocos amigos.

Ehh... Sí- replicó Abigail- Lindo humor- dijo para sí misma mientras ingresaba.

El lugar era elegante, amplio e innovador, pero ella ya lo conocía, había estado allí en dos ocasiones. La primera, para la tan esperada entrevista; y la segunda, para gestionar su acceso como personal. Aunque pudo ver los puntos más recurrentes, no lo había explorado con detenimiento y, como había llegado unos minutos antes; esa era la oportunidad.

Salas espaciosas y pintadas en un absorbente color blanco la rodeaban, diseños y piezas raras de artistas vanguardistas reposaban en sitios minuciosamente pensados dentro de las habitaciones. Y todas, absolutamente todas las personas, iban vestidas formalmente. Trajes caros, vestidos ceñidos hasta las rodillas, largas melenas sujetas en finos moños paseaban alrededor de ella. Se exasperaba, pero intentaba asimilarlo.

El sol llenaba el espacio a través de los ventanales que se erguían desde el suelo hasta el techo. La calurosa ciudad se divisaba a lo lejos. Realmente la organización se hallaba concentrada en una zona lujosa y

privilegiada. Aún así, nada contentaba a la señorita Abigail Miller.

Aburrido- suspiró desanimada. Bajó la mirada hasta sus pies y volvió a lanzar el aire que le sobraba.

¿Aburrido?- resonó en sus oídos la palabra que segundo antes había pronunciado. La voz misteriosa, grave y un tanto divertida de un hombre la sacó de sus pensamientos.

¿Qué carajos?¿Lo dije en voz alta?

Capítulo 2

Abigail arrugó sus párpados momentáneamente, se sentía en apuros. Tuvo que girar, y no solo por educación, sino por curiosidad. ¿Quién pudo haberla escuchado? Ahora sabía que debía enfrentarse a uno de los finos y soberbios hombres de su trabajo. Lentamente volteó hasta la persona que se encontraba justo detrás de ella, casi con los labios pegados a su nuca.

Se sintió invadida, pero no justamente por la aproximación, sino por el alto y atlético espécimen de ser humano que la rodeaba. ¿Quién le daba el derecho a acobardarla de tal forma? Ya la naturaleza lo hizo misterioso e intimidante. Él, con su actuar, añadía más tensión al instante.

Lo observó nítidamente: Pelo negro, la cara tan blanca y bella como el sitio que los envolvía y unos ojos esmeralda que la atraparon in situ. Creyó, al verlo, que era la excepción del Ceninv. Si bien parecía un hombre bastante culto y dominante de las ciencias, su belleza encajaba aún más en una alfombra roja hollywoodense, al contrario de sus pares quienes se encontraban cercanos a ellos. El traje oscuro de tres piezas le otorgaba realce a su figura maciza y una media sonrisa adornaba el rostro seductor. Sus facciones eran duras, pero algo la inducía a pensar que era noble a pesar de su altanería.

- ¡Metrosexual!- gritó mentalmente para disminuir la presión que sentía recorrer su cuerpo y el ambiente.

- Oh, lo siento. Es mi primera vez en un lugar así.- musitó con falso arrepentimiento y mucha timidez.

- ¿Un lugar como qué, señorita? ¿Aburrido?- él emitió una leve risa sarcástica. Aquello la exaltó a un gran punto, pero decidió tranquilizar a la fiera que se desataba muy dentro de ella.

- Discúlpeme si lo he molestado, señor- enfatizó el "señor"- pero debe comprender que esto es nuevo para mí.

El hombre la observaba atento y, al escuchar la última parte de la oración, entornó los ojos, sorprendido.

- ¿Deduce usted que la conozco, señorita? – preguntó al cruzar los brazos y esperar una respuesta.

- No... No es eso- titubeó Abigail- creo que me está entendiendo mal, señor- volvió a enfatizar disimuladamente.

Él observó el reloj de malla negra que se sostenía de su muñeca.

- Y yo creo que aún nos sobra tiempo para explicarlo. ¿O usted qué opina?- la tentó. La señorita Miller sintió que sus mejillas ardían de

una rabia contenida.

- Opino que podría ser en otro momento, señor. Yo, en cambio, creo que ya no me queda tiempo para vanas conversaciones que solo me distraen del trabajo.- contestó con todo lo que tenía de fuerza. Sabía que lo volvería a ver y que esto solo posponía una amarga charla con el rompecorazones que la había descubierto.

- ¿Es su trabajo, entonces, apreciar paredes blancas? Vaya suerte la suya, señorita.- pasó el pulgar por su labio inferior y sonrió.

Ya no soportó.

- Si ello me ayuda a evitar las vanas conversaciones que había mencionado, supongo que es un excelente trabajo que me dispuso la suerte- intentaba hablar con palabras certeras que la pongan a la altura del hombre.

Tan bello, pero tan idiota. ¡Es típico y es una lástima!

- Lo encontraría cómico si llega usted a conversar conmigo más que con cualquier otra persona a su alrededor. Nadie sabe exactamente lo que le depara el azar, ¿no? A veces resulta ser tan-buscó la palabra ideal-jodido- murmuró al acercar su rostro al de ella. Abigail se quedó sin respiración.- La dejó en paz para que pueda seguir con su divertido trabajo, señorita.- finalizó con una leve reverencia y se alejó entre el disperso gentío.

Resaltaba tanto, que ella se encontró divisándolo hasta perderlo de vista.

- La dejó en paz para que pueda seguir con su divertido trabajo, señorita.- ella repitió en voz baja y burlona. Su rabia no la hacía actuar de la mejor manera posible.

Estuvo tiesa por unos minutos, la calma llegaba despacio. El día había comenzado un tanto complicado gracias a un intolerable chiquillo caprichoso y había seguido con la presencia de un entrometido hombre que la hubiera conquistado si otra hubiese sido su actitud. Entre pensamientos irritables y unas manos empuñadas, vio cómo una blonda mujer de unos cincuenta años se acercaba a ella. La reconocía. Tuvo que devolver los gestos amables que ésta ya le dedicaba desde lejos. Aflojó la postura y sonrió forzosamente.

- Abigail, ¿cómo estás? Confío que me recuerdas, ¿no? Soy la Sra. Carla Hudson- la besó en la mejilla derecha.

- ¿Cómo olvidarla, señora? Es todo un gusto volver a verla- respondió afable.

- Señora no, niña. Ya los años y estas arrugas me agregan mucha vejez.-

susurró divertida.- Vamos, te mostraré el trabajo que tengo para ti. ¿Ya te lo han dicho en la entrevista?- preguntó al indicarle que ingrese al elevador.

- No exactamente-confesó- solo que las vacaciones eran las de secretaria recepcionista y asistente general.

Primordial error de Abigail Miller: No confiar en ella. La chica de 23 años no se fiaba de sus habilidades y no esperaba lo mejor para ella.

- Excelente, Abigail.- aplaudió una vez, se la veía contenta. La señorita Miller sonrió extrañada.- ¡Me fascina dar las primicias! Bien, ¿preparada para conocer tu puesto?- ella asintió-¡Tú serás mi asistente, querida! ¡La asistente general del Ceninv II!- La sostuvo de las manos y le obsequió un risueño gesto.

- ¡Oh!- dijo verdaderamente sorprendida, halagada y feliz- Eso es algo muy motivador, Señora Hudson- repitió la palabra "señora" sin percatarse, Carla solo rodó los ojos, pero sonrió de vuelta.- Será todo un gusto trabajar como su asistente.

- Sé que la pasaremos de maravillas, querida.- replicó- Bien- cambió su semblante a uno más serio. Ambas salían del ascensor e iban rumbo a las oficinas por medio de un extenso y sobrio pasillo- como esta es una empresa que incentiva a la investigación; trabajaremos directamente con los investigadores. Y es esta la parte del trabajo que tal vez te genere un mayor tiempo, pero prometo que aprenderás mucho de este mundo- *Ya dígallo, por favor*-Tú estarás a cargo de las necesidades y darás apoyo y acompañamiento a uno de ellos durante el periodo de tres meses, pero todo esto tiene el objetivo de instruirte, como te lo he dicho. Es beneficioso para ti y reconfortante para mí- ella le guiñó un ojo.

- ¿Qué pasará con la asistencia que debo darle a usted?

- De eso no te preocupes, lo harás también. Con el investigador no trabajarás toda la semana. Próximamente te lo presentaré. ¡Es un encanto!

No era algo que la atraía en demasía, pero el trabajo daba buena paga y, además, era un sitio prestigioso y agradable. Pronto se acostumbraría.

- Vamos, te presentaré al equipo.- la señora Hudson la estiró de la mano.
- Está bien- Abigail no tuvo más que sonreír tímidamente.

Entraron a un departamento aún más espacioso que aquel primero. Todo era muy "tecnológico y blanco" para ella. Le empezaba a gustar aquel lugar, a pesar de cruzarse con gente extremadamente seria en el vestir.

Luego de pasar por la agotadora etapa de presentación, descansó un

segundo en su pequeña oficina junto a la de Carla.

- Abigail, luego del almuerzo te presentaré al investigador con el que trabajarás- apareció repentinamente su jefa.

- Entendido- respondió.

La ocupada mañana transcurrió muy rápido. Entre más presentaciones, trabajos expresos y unos incómodos zapatos; ya era tiempo de almorzar. Sabía que sobre la misma calle vendían comida oriental, y eso realmente la hizo feliz. Sus largas noches de "chica soltera que vive sola" solían empaparse de series o libros y de pizzas o comida oriental. Y los ratos pasaban rápido en compañía de sus amistades. Amaba reír hasta llorar mientras comían sentados sobre la felpuda alfombra y alrededor de una baja mesa de vidrio. Esa era la verdadera vida para ella. Un tanto melancólica, salió rumbo al restaurant japonés.

A la Srta. Miller también le gustaba compartir charlas al almorzar, estar acompañada de personas que la hagan reír o pensar mientras degustaba el paladar, pero aún no hacía amigos; así que aguantó su tristeza y ordenó. Pronto el mozo le llevó su platillo favorito.

- Con que onigiri, ¿eh?- dijo un hombre que se encontraba sentado frente a ella, con un porte alzado y distinguido. Extrañamente no se había percatado de su presencia. Se preguntó la razón. Él estaba muy apuesto sin el saco y con el chaleco visible.

Maldita sea. El metrosexual. ¿Hasta con palillos debe ser tan extricto en sus expresiones?

Ella dejó de masticar y lo fulminó con la mirada. Sentía que había roto la barrera que suele construir ante la gente. Al menos sí con él.

- Me parece que esto de hablar de una mesa a la otra no se ve tan elegante, señor.

- Lo que es o no elegante puede ser tan subjetivo como la mirada que me dirige, señorita.- comentó al mudarse lentamente de mesa y sentarse junto a ella.

- Lo dice usted, que lleva puesto un fino traje. Representando el ya conocido estereotipo de hombre adinerado. Y, a todo esto, ¿A qué puede derivar mi mirada?- lo observaba mientras él se acomodaba.

- Eso también deseo averiguarlo. Supongo que nos queda bastante tiempo para que pueda hacerlo. Eso me complace en una extraña manera.- confesó.

- ¿Le basta solo dos ocasiones con una mujer para comenzar a coquetear?- ella no pensaba rebajarse ante él.

- Menos de dos, de hecho. Pero esto no es coqueteo ni mucho menos, esto es investigación.- volvió a lanzar su media sonrisa.

- Para no darle más que investigar, prefiero retirarme.- dijo al levantarse- Hasta una próxima vez, señor.

- Que estaré esperando, por supuesto.- respondió el hombre y la miró salir rápidamente. Supo, a través del comportamiento forzado de la chica, que no era tan dura como demostraba. Sonrió satisfecho.

Volvió aturdida por la reciente conversación. ¿Quién era ese hombre y qué quería de ella? Comprendía que las cosas no se pondrían fáciles si se seguía cruzando con tan frustrante persona y se preguntaba si ello dificultaría sus deberes. El sonido del aparato telefónico que permanecía frente a ella la despabiló.

- Abigail, ven aquí en 15 minutos- habló su jefa a través de él.

Ella esperó cinco minutos y utilizó los diez que le quedaba para ir al tocador. Al salir, era hora de dirigirse hasta el despacho de la Sra. Hudson. Se intrigaba por lo que podría acontecer en adelante, no lograba sacarlo totalmente de su mente. Ya no lo vio desde su encuentro en el restaurant. Disipó todo e ingresó a la oficina de su jefa.

- Aquí estás- dijo sonriente la directora general mientras se erguía tras su escritorio- Quiero presentarte al investigador al que te prestaré por 3 meses- volvió a sonreír, la veía emocionada y no entendía el por qué- solo aguántame un instante- dijo y tomó el teléfono- Jacob, te estamos esperando- rodó los ojos.

Abigail estaba ya nerviosa y algo ansiosa.

- ¿Recuerdas que te había dicho que él es un encanto?- La asistente asintió- Bien, eso es una vez le encuentres el lado- soltó una risita que sonaba a disculpa.

La chica se aterró simultáneamente. Entonces vio que Carla cambió la expresión y miró hacia el umbral.

- ¡Oh, por fin!- exclamó entre grata y enfadada- Abigail, él es Jacob Smith.- comentó al señalar a alguien detrás de ella.

Abigail giró curiosa y más ansiosa. La visión que la golpeó no le agradó

para nada...

- ¡Qué!- ella llevó las manos a los labios y atajó con fuerzas una grosería.

Ambos, la directora y el investigador la miraron fijamente.

Allí estaba él, parado justo en el límite de la puerta, con las dos manos metidas en los bolsillos y todavía sin el saco. Sonreía ya felinamente, como si estuviese triunfando. Era el mismo hombre que la había atormentado desde el inicio.

- Un gusto conocerla, Srta. Miller- la saludó mientras ingresaba completamente a la habitación. Él ya sabía su nombre completo.

- Igual...mente, Sr. Smith.- extendió la mano hacia él, a lo que Jacob la tomó y la atrajo hasta él, saludándola con un beso en la mejilla.

- Esto se puso interesante, ¿qué cree usted, señorita?- le susurró justo antes de separarse de ella.

Capítulo 3

Abigail sentía que su cerebro la había dejado sola y estremecida. Sí, el hombre al que ella encontraba insoportable sería durante tres meses su "mentor". ¿Qué clase de destino la depararía?

- ¿Puedo retirarme al tocador por un segundo, Señora Hudson?- preguntó con lo que le quedaba de voz.

- Claro que puedes- Carla contestó extrañada.

Abigail salió muy apresurada, no sin antes dirigirle una rápida mirada a su nuevo y temporal jefe.

- No puede ser- decía mientras humedecía su rostro frente al espejo del tocador- esta debe ser una broma, o quizás algún tipo de bautismo por ser mi primer día laboral. Aunque la Sra. Hudson no parece ser una persona bromista- vacilaba- ¿o sí?- preguntaba a su reflejo- ¡No! ¡Claro que no, estúpida Abigail! Creo que enloqueceré. Sí, lo haré.

Mientras ella debatía la razón de tal casualidad, golpearon a la puerta. Claro, la Sra. Hudson estaba preocupada. Al fin y al cabo, Abigail pidió abruptamente permiso para ir al baño.

- Querida, ¿te encuentras bien?

- Sí- dijo sin sentirlo- estoy bien. Salgo en un momento, gracias por preguntar.

¿Estaba bien? En realidad ¿qué sentía? Ella no lo podía comprender. Era como una ensalada de sentimientos atorada allí, en la garganta... Hecha un nudo.

No tenía de otra, debía volver a la realidad.

Al regresar a la oficina, se encontró con una amena conversación entre su jefa y el investigador.

- Abigail. Ven, únete. Discutíamos acerca de la próxima investigación de Jacob, tú lo ayudarás bastante.

Ella sonrió educadamente a su jefa, pero miró a Jacob y quiso llorar.

¡Maldito!

- Bien, ¿les parece si los dejo solos? Tengo una reunión en este momento

y ustedes dos deben coordinar su agenda.

Abigail deseó negarse rotundamente, quizás suplicar un cambio de mentor.

- Déjala en mis manos. Yo la guiaré- Jacob jugó su atigrada sonrisa.
- Okay, cuídala por mí, Jacob. Adiós, Abigail.

Sí. Adiós, Abigail.

Al cerrarse la puerta, ambos; Abigail y Jacob, se miraron fijamente. Desafiándose.

- Siéntate, Abigail- Jacob señaló el asiento- discutiremos nuestro programa.
- Preferiría seguir parada- contestó ella.
- Tú lo prefieres, sí, pero yo lo ordeno- volvió a sonreír.
- No eres mi jefe.
- Frase incompleta- negó con el dedo índice- soy tu jefe durante tres preciosos meses.

Él tenía razón. Y Abigail anheló prender fuego a esa sonrisa tan seductoramente estúpida.

- Siéntate, por favor- volvió a señalar el lugar, ella tuvo que hacer caso.- Bien. Dime, Abigail ¿te sentirás cómoda trabajando conmigo?- él llevó su dedo pulgar hasta sus labios y lo golpeó suavemente. En realidad era bastante atractivo, pero ella no se dejaría vencer por cosas tan superficiales como aquello.
- ¿Debería decir la verdad, señor?- expuso una media sonrisa y bajó la mirada, ella también podía jugar.
- Claro, esa es la intención- él no prestó atención al juego de la mujer sentada justo en frente.

Eso la enervó. *¡Cómo se atreve!*

- Mi salud se indispone automáticamente cuando lo veo, señor Smith.- dijo vengativa, pero calmada.

Jacob dilató sus ojos por un instante.

- Así que esa es tu verdadera opinión- él parecía divertido.
- Esta es la opinión que usted me auspicia- contestó ella.

Por fin Abigail Miller podía decir todo lo que en realidad sentía. Le parecía una pérdida que un hombre así sea la razón de su alocada rabia. Pero ¿lo

podía remediar?

- Genuina.
- ¿Cómo?
- Justo en este momento estás siendo genuina. Me halaga que lo seas conmigo.
- Ja. ¿Estos pensamientos míos le parecen un halago? Espere, tengo halagos mucho más impresionantes para usted- sonrió en sarcasmo.
- No sigamos tratándonos de "usted". Apenas tengo 30 años y tú no debes rozar los 25.
- 24- corrigió ella.
- Bien, hagamos la agenda.- cambió de tema.
- Eso estoy esperando.- respondió ruda.

Un rotundo silencio se abrió en la oficina. Ambos empezaron a realizar sus planes juntos.

- Yo llego aquí a las 8 de la mañana todos los lunes y miércoles, el resto de la semana investigo en diferentes lugares o trabajo en casa. Tú debes estar conmigo al menos tres días a la semana.
- *Maldita sea.*- Esa frase adornaba su mente.

Ella no decía ni una sola palabra, solo asentía y anotaba.

- No has dicho nada. ¿Estás de acuerdo con todo esto?
- Sí.
- Bien, vamos a mi despacho. Allí tengo trabajo para ti.
- *iiiQué!!! Maldito idiota.*- refunfuñaba para sí.

Frente a ella estaban veinte extensas monografías que debía revisar para ver si encontraba algún dato interesante.

"Ya las miré dos veces buscando información relevante para la investigación, pero tú debes volver a repasarlas al menos otras dos veces. Yo iré a distender la mente antes de empezar a trabajar. Suerte"- esas fueron sus palabras antes de dar golpecitos a su hombro y luego salir de la habitación.

- *¿Desea que renuncie? No lo logrará-* frunció las cejas y entrecerró los ojos.

Al volver Jacob, ella estaba sonriente con un cuaderno anotador en las manos.

- Esta es la información que recopilé- dijo dulcemente mientras se secaba

una gota de sudor que amenazaba con caer por su sien.

Él estaba allí, parado en el umbral, con los labios entreabiertos de sorpresa.

- Bien.- Prosiguió- mereces un descanso antes de empezar con los artículos electrónicos que debes revisar.- Abigail se quedó estupefacta. En realidad la volvería loca en tan solo un día.

Y eso que la aventura recién empezaba.